

## BARCELONA

¿Podrás tú darte cuenta del esfuerzo que significa el ponerse á escribir una carta después de veinte horas de viaje en tren expreso?

Tengo la cabeza llena de resoplidos de máquina de vapor que llega jadeante y tosiendo con sus pulmones de hierro á una estación en que descansa un momento goteando, sudorosa, para emprender de nuevo la carrera, al parecer desatentada; llena de gritos y de ruidos estridentes ó monótonos, y de recuerdos vagos, y sensaciones apenas esbozadas, y tipos medio borrados, sobre los cuales han sido trazados otros distintos.

Ni siquiera ha desaparecido de mi olfato ese olor á vapor y á humo de carbón, y á aceites quemados, y á alquitrán, de que están impregnadas las estaciones y los almacenes de equipajes, y el viaje entero. Hasta los viajeros, nosotros mismos, olemos á carbón de piedra. Es olor á cansancio, á mareo, á piernas entumecidas.

Y sin embargo, recojo mis recuerdos, los ato en un haz más ó menos aliñado y te los envío.

Ya conoces el plan de mi excursión : entraré en Francia por los Pirineos ; recorreré la cornisa del Mediterráneo hasta Nápoles, pasando por Marsella, Génova, Pisa y Roma ; de Nápoles, donde tendré que resistir la tentación del Oriente, Grecia, Palestina, volveré sobre mis pasos ; atravesaré Italia, por Florencia, hacia el Adriático ; Venecia me espera allí. Después de visitar á Milán y Turin, atravesaré la Suiza, pasando por el San Gotardo y Basilea hacia Paris, para buscar de nuevo la frontera española por Irún.

Cumpliré mi promesa : te escribiré largo y tendido.

Difícilmente se encuentra nada más frío, como tú sabes, que los alrededores de Madrid. Gracias á que la llegada á *Alcalá de Henares*, la tierra de Cervantes, viene á dar interés á esa misma frialdad, porque en ese paisaje árido y monótono ve uno moverse las figuras de Don Quijote y Sancho y su acompañamiento de arrieros, y venteros, y maritornes ; y con ellos todo se anima y toma carácter. Yo voy ansioso de encontrar caracteres, y dispuesto á encontrarlos en todo.

El paisaje sigue, sin embargo, triste : es un plano limitado por barrancos blanquecinos, sobre los

cuales se proyectan de trecho en trecho, y caminan lentamente, las sombras de las nubes más compactas y próximas, formando manchas azuladas.

Entramos en Aragón : el plano y los cerros comienzan á vestirse de verde ; las manchas son ya de flores de sus arbolados espesos.

El tipo del campesino aragonés, ya peaton ó ya caballero á la gineta en su borrico, y con el pañuelo atado á la cabeza, se ve por todas partes.

*Sigüenza*, con sus dos torres cuadradas y almenadas, que me parecen de estilo mudéjar, queda atrás sentada en su colina rodeada de vegetación.

También esa ciudad mueve muchos recuerdos de estudio y ciencia y gloria en mi cabeza : el cardinal Cisneros aparece y desaparece en mi mente como la evocación de un gigante ; pero pasa sin detenerse, porque me llama la atención la hermosa tarde que empieza á caer corriendo á más y mejor.

El tren va hacia el Norte. A nuestra izquierda la última claridad ; á nuestra derecha las primeras tinieblas. Sobre el fondo pálido de la izquierda, se proyectan, ya oscuros y sin detalles, los cerros, los más lejanos y los más próximos, cuyo conjunto forma como la masa negra de algo que han amontonado sobre el horizonte : la línea de este aparece de vez en cuando interrumpida por un caserío de las cumbres ó por algún arco que se ve nítido y recortado sobre la luz crepuscular. A nuestra derecha, las laderas y cerros, aunque no pierden del todo sus detalles, se esfuman y en-

tristecen. Es la hora en que los viajeros se callan instintivamente, ya arrellanados en sus asientos, ya de bruces en las ventanillas y mirando al horizonte.

Ya encajan con estrépito las lámparas encendidas en el techo del vagón, sobre el que resuenan los pesados pasos del hombre que las va distribuyendo. Las siluetas que forman el paisaje de nuestra izquierda parece que se ennegrecen más á nuestros ojos, por efecto de la luz artificial que los hiere de cerca; y los cerros lejanos y las lomas próximas siguen corriendo como monstruos marinos que nadasen sobre la superficie de un mar tempestuoso; los árboles de primer término descuelan sobre ellas, negros también, y se proyectan sobre la última claridad como filigranas de acero.

¿Es una estrella? Si: una estrella ha aparecido casi repentinamente allá sobre la línea del horizonte: es el primer soldado del grande ejército, el más atrevido; la estrella más joven. Otra la ha seguido de cerca y otra más allá; parece que rompen su broche y se abren chispeando.

Estación á la derecha. *¡Cinco minutos de parada!*

Los faroles están encendidos; me asomo á la ventanilla y, al emprender de nuevo la marcha, miro otra vez al cielo. El gran ejército ha tomado posesión de él. Es de noche.

Todas las viejas estrellas están en su puesto: distingo perfectamente el carro estrellado del Norte; pero busco en vano nuestra querida constelación del Sur: la constelación de la Patria, la cruz de estrellas que, con los brazos abiertos sobre nuestro hemisferio, fué la amiga de nuestras noches.

¿Te acuerdas de cuando nos despedimos de ella al venir á Europa, aquella noche del trópico, desde á bordo de nuestro *Antonio Lopez*? La vi hundirse en el horizonte del Sur; me parecia que me miraba tristemente, pues era la primera vez que la abandonaba. El Atlántico estaba sereno; su aliento fresco y salobre se pegaba á nuestra cara; el barco, que yo miraba desde el puente á la luz de la luna, parecia clavado en la inmensidad, y, lejos de aparecer pequeño á mis ojos, se agrandaba en aquel cuadro; los horizontes infinitos se adaptaban á él, hacian su centro de aquel caño redondo y negro del que salia un poco de humo transparente. El *Antonio Lopez* parecia inmóvil, fondeado en el centro del universo; sólo el temblor ó escalofrío que lo sacudia nos hacia comprender que marchábamos vertiginosamente; la línea redonda de los horizontes no perdía por ello su nitida y solemne perfección.

Yo estaba en el puente con el rudo y franco marino gaditano que mandaba el buque y que, extendiendo el brazo hacia el cielo del Norte, me ense-

naba á distinguir la Osa Mayor, las siete estrellas del Carro, la constelación de su patria que nos salía al encuentro; pero yo miraba al Sur; yo queria recoger la última mirada de la constelación de mi tierra y de mi cielo, que huía de nosotros. ¡ Oh ! Ya cuidaré de sorprender la primera que me envíe, á nuestro regreso, desde su atmósfera del Sur! Ya cuidaré de distinguir, entre todas las luces del espacio obscuro, la lumbre de la patria, el fulgor de la infancia que asomará un día, Dios mediante, en el horizonte de las inmensidades atlánticas. Aún en el seno de un nubarrón, yo reconoceré y complementaré, con sólo ver una de sus estrellas, la hermosa cruz del Mediodía y su vecino y amigo el Centauro, y las *Manchas del Sur*, las nebulosas blancas que limitan el horizonte estrellado que primero vieron nuestros ojos.

El Norte ha sido siempre ausencia para mi desde niño. Por el Mediodía ha salido siempre el sol tras las noches de mi alma.

Sigamos viaje. La noche es oscura; las ráfagas de humo iluminado y de chispas fugitivas que salen de la chimenea del tren corren á lo largo de éste por el aire; los blancos palos del telégrafo se persiguen callados en la soledad como esqueletos locos.

Las luces del tren iluminan un pedazo de tierra que se desliza al lado de este; más allá, en lo hondo de la obscuridad, las colinas ondulan en el campo

como las ondas en el mar: arriba brillan las estrellas. El cuerpo se duerme parcialmente; la sensibilidad se embota; pero el oído no deja un momento de percibir el interminable traqueo de las ruedas debajo de nosotros, y algún silbido de la locomotora de vez en cuando, en el silencio de la noche. Las horas van pasando, monótonas como el zangoloteo del tren, y uno las siente pasar sin contarlas.

El día nos alumbra á *Lérida*, sentada á orillas del Segre que corre sucio y escaso al pie del alto castillo que domina la villa: estamos, pues, en Cataluña. La barretina roja ó azul, hermana del gorro, frigio, cubre las cabezas de los hombres.

Primer cambio de lengua: oigo hablar catalán en las estaciones.

¡ Manresa ! gritan al detenerse el tren.

Hermoso recuerdo de San Ignacio. Allí está la gruta en que el santo recibió el espíritu de Dios y legó á la humanidad sus Ejercicios espirituales.

El recuerdo de los hijos del santo de Manresa, mis maestros, toca mi mente: los saludo desde el fondo de mi alma, con ternura y gratitud, y paso.

Tras un recodo del camino, aparece á nuestro lado, bastante cercana, clara, precisa, una sierra elevada que se me antoja una larga serie de pilones de azúcar plumizo; están soldados los unos á los otros, y se proyectan sombras azules y recor-

tadas. Algunos descuellan aislados y escuetos; otros se alzan en grupos de tres ó cuatro, como los tubos de un órgano colosal, y todos ellos descansan sobre una base escalonada y maciza, con trazos horizontales de una vegetación verdinegra que brota de las grietas de la roca cenicienta: es el *Montserrat*, protagonista legendario de aquel paisaje y de aquel pueblo, órgano brotado de la tierra para elevar al cielo sus tubos de piedra, y pronunciar el más puro de los nombres: María, eterna juventud del cielo y de la esperanza, luz que los astros reflejan cuando brillan mejor.

Estamos, pues, cerca de Barcelona, la ciudad condal. ¡Feliz ciudad que tiene á *Montserrat* como primera impresión del viajero!

Y ahí está, efectivamente, Barcelona: trás la tubería de piedra que pronuncia el dulce nombre de la Virgen de Nazaret, aparece la tubería de hierro y mampostería de las fábricas que humean; es el órgano que canta el salmo del trabajo, de la industria, del progreso material.

¡Oh! ¡Si ambos himnos se fundieran en uno sólo! ¡Si ambos lograran reproducir el salmo que se oyó un día, entre el cielo y la tierra, en la madrugada de Belén!

Desgraciadamente no es así. Hoy he pensado mucho en eso, al recorrer esta gran ciudad fabril; el progreso material no es hoy siempre, como antaño, el progreso moral; son muchos los obreros

que ya no creen, que no rezan ya; muchos los que ya no van á *Montserrat*. Van sólo á la fábrica, y se sumergen en ella todo el día; en los ratos libres van al café. ¡Cómo me ha sorprendido la cantidad de obreros vestidos de blusas azules que llenan los grandes cafés de Barcelona!

Es verdad que también son muchos los ricos que no van al santuario.

Y sin embargo, es sólo en él donde el rico y el obrero pueden encontrarse; sólo allí son iguales, pues sólo allí se arrodillan, el uno junto al otro, inclinados ante Dios que ve los corazones y juzga mayor y declara más ensalzado al más humilde de los dos, no al más rico, ni al que goza más en la tierra.

Sólo allí puede adquirir resignación y noble paciencia el pobre; noción clara de justicia, caridad y respeto soberano á la pobreza el rico: la única solución del pavoroso problema contemporáneo. Allí la paciencia es altivez, porque es virtud; el pobre se humilla sin rebajarse, porque se humilla ante Dios, porque llena una misión; y el rico se ensalza humillándose, porque se acerca á Cristo.

Fuera de allí, en el café, en la calle, en el teatro, la distancia entre los dos extremos, es inmensa: la guerra inevitable.

No cree el obrero; no cree el rico. El objeto de ambos en la vida es evitar el dolor, hallar el goce.

Son, pues, necesariamente desiguales, porque el mérito moral de la paciencia y de la resignación en el dolor no se computa. Eso se computa sólo

dentro de la religión del Pobre crucificado, en la cual se aprecia y debe apreciarse, no sólo moralmente, sino también en dinero, esa resignación y esa paciencia.

Según el principio cristiano, la *justicia*, es decir, la remuneración material debida al trabajo y á la virtud, están antes que la *libertad forzada* impuesta al pobre en un contrato. La libertad de la injusticia es un absurdo.

Fuera de aquel principio está la guerra : *struggle for life*.

El rico ocupa la plaza ; el obrero la sitia ; el primero goza cuanto puede : ese es su objeto en la tierra ; el segundo trabaja en el taller, porque no puede ménos ; pero no acepta esa su situación como definitiva en la tierra, ni como medio de ganar el cielo ; espera su turno y tiene necesariamente que tratar de apresurar su llegada ; morir antes sería perderlo todo, pues todo termina en la muerte.

El obrero no ve, como antes, al rico arrodillado á su lado en Monserrat ; pero lo ve pasar á lo lejos en su carruaje, ó en el teatro donde ocupa los sitios preferentes, mientras él lo atisba desde las altas galerías.

Procura también verlo á su lado en el café, donde paga, como él, aunque con gran sacrificio, su taza de té ó su vaso de cerveza. Y lo mira con enconada altivez, tanto más enconada cuanto más empaado está en las doctrinas anticristianas, cuanto más lee.

Trata á su superior sólo como á un probable inferior de mañana ; mira en la autoridad una simple hija de la fuerza y de la injusticia ; jamás la encarnación de una ley divina que obligue en conciencia.

El rico tampoco ve ni quiere ver al pobre ; su sólo presencia le disminuye el placer. ¿Y por qué tener ménos si puede tener más ? La mendicidad le irrita ; para evitarla, da algunas pesetas al mes para sostener un asilo, ó concurre á un baile á beneficio de los pobres. Otras veces da limosna de miedo, como se arroja cebo á la fiera para tenerla lejos ; pero el pobre no se la agradece, pues creé que, por más que se le de, siempre se le debe más, pues se le debe todo.

Y el progreso material avanza prodigiosamente : todos los días se descubren nuevas substancias explosivas, con un gramo de las cuales se puede hacer saltar una montaña, para arrancarle el oro ó el cobre que circula en sus arterias. ¡También un gramo basta para hacer saltar el santuario de Monserrat, y también un teatro ! ¡Y un palacio ó dos palacios también !

La guerra social está empeñada ; planteado al pavoroso problema.

Para resolverlo, se quiere prescindir de la Religión ; por todas partes se ven ricos y pobres que la miran como enemiga ; pero la existencia de ese enemigo común no ha conseguido reconciliarlos ; antes al contrario, es evidente que los ha enconado y los encona cada vez más. ¿Quién puede negarlo ?

¿ Con qué sustituir, pues, ese elemento de reconciliación y de paz ?

El Estado no quiere ejercer influencia moral, por otra parte ; renuncia á ello : no quiere contar con tal elemento, ni directamente ni estimulando y protegiendo la influencia de la Iglesia ; para él, el alma, el pensamiento, la conciencia no son factores apreciables en el problema de gobernar pueblos.

¿ Sustituiremos, pues, la Religión por la Policía, por la fuerza costeada por pobres y ricos para reprimir especialmente á los pobres ?

¡ No ! La buena policía, aún suponiéndola perfecta, no es una solución ; el germen del delito está en la conciencia, en el pensamiento, en el deseo ; y hasta estos no llega ni llegará jamás la policía.

Ahí, á ese fondo, á esa raíz sólo podría llegar el cura ; pero mucho pueblo ya no quiere ver curas, ni pintados ; los odia tanto como al rico.

Los ricos los suelen utilizar para tener á raya á los pobres, pero no para sí mismos. Conozco ricos incrédulos que mandan misioneros á sus obreros y costean ejercicios espirituales en sus propiedades semi feudales. Esos ricos creen que se puede componer una tijera enderezando una de sus ramas y dejando la otra torcida.

Y sin embargo, si no se mata el germen del mal en la conciencia misma, aquél brotará, aunque le pongan encima una montaña ; como toda semilla fecunda, es cuña ; agrietará la piedra. Es cuestión de tiempo. Muerta la fé, la desesperación sustituye

á la esperanza, y el ódio, el desprecio ó la venganza remplazan á la caridad. Las injusticias del mundo claman por la otra vida, como los niños llaman á su madre ; el alma sin fé es alma huérfana, es alma sóla ; ¡ cuidado con ella !

La falta de caridad del rico, fundada en su vida puramente material, en su ódio á todo lo que disminuya el goce, es el abono que vigoriza la tierra en que cae la semilla del ódio del obrero sin fé.

Y en esto no me refiero sólo al rico disoluto ; también me refiero, y muy especialmente, al que se cree bueno y honrado, pero no tiene en la vida más móvil ni más anhelo que el de pasarlo bien, el de evitar á todo trance lo que incomoda ó lo que humilla, teniendo como único criterio el sentir y el proceder de los demás.

Maldito el hombre que en el hombre confía.

Lo que deben sugerir las consideraciones de esta índole, es, ante todo, el examen de conciencia ; el de todos, todos, todos ; cada uno en su estado, en su misión ó vocación moral. No hay remedio : tenemos que caer en el catecismo. Para tirar la primera piedra, es preciso hallarse sin culpa ; y para hallarse uno á sí mismo, es preciso buscarse. Bien mirado, todos contribuimos á cargar las bombas de nitro-glicerina.

Sólo hay una solución para ricos y pobres : hacerse amigos de un amigo común que los pondrá en paz : *el dolor, el buen amigo dolor* : no sólo no rechazándolo cuando viene (*conformidad*), sino buscándolo cuando no viene : (*penitencia*, abstinencia ó limitación del placer, aun lícito ; negación de sí mismo).

Jesucristo no decía palabras inútiles. « Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. »

¡ Y vaya á decirse á un rico sin fé que debe buscar el dolor ó disminuir el placer !

Eso es un disparate, una locura. ¡ Vaya si es locura !

Si : la locura de la Cruz, la loca divina que redujo al mundo.

Pues si no quiere ó no puede entender eso el rico, el que debe dirigir la sociedad, ¿ cómo ha de querer entenderlo el pobre ?

Los buenos ó los malos ejemplos penetran tanto más en el corazón del pueblo, cuanto de más arriba caen,

No quiere esto decir tampoco que, tratado bajo este soberano aspecto el problema que el siglo actual legará al inmediato, esté ya resuelto por todas sus facetas : sociales, económicas y hasta patológicas, si se quiere.

No : quedan muchos otros problemas prácticos que reclaman estudio y solución : organización del

trabajo, relaciones y derechos mutuos entre obreros y patronos, huelgas, y, sobre todo, el problema de la inmediata defensa de la sociedad, amenazada por el hambre armada.

Pero todas las soluciones serán poleas locas si no se apoyan en la primera.

Resuelta ésta, el mismo individualismo económico dejará de confundirse con el egoísmo ; la armonía de los intereses *legítimos* no pugnará entonces con la justicia, con la caridad, ni engendrará la opulencia pagana y sibarítica ; el régimen capitalista no será « la explotación que transformá en fortuna para algunos, la miseria del gran número » ; la propiedad no será sólo un derecho ; será también una *función social*. El trabajo humano tendrá un *valor absoluto*, y el salario una ley superior á la de la oferta y la demanda ; el trabajo será compatible con la libertad y con la dignidad del hombre, con su reposo dominical, con su educación religiosa y moral ; vender la fuerza del brazo no será vender la dignidad y la salvación del alma, ni sacrificar la organización, el honor y el decoro del hogar.

Y, después de satisfechos esos *derechos* del hombre que constituyen los deberes correlativos de *justicia* que el hombre puede hacer efectivos, quedarán todavía por satisfacer los *derechos de Dios*, que constituyen los deberes de *caridad*.

Pero para que esta deuda de caridad exista, es necesario que exista un acreedor. No lo es el pobre personalmente, un pobre determinado ; pero lo es



la pobreza en quien Dios ha delegado sus derechos.

Faltando Dios, falta el acreedor, y la deuda no existe.

La simple filantropía no es un deber por que no hay un derecho correlativo; humilla, pues, al pobre. La caridad, en cambio, lo levanta hasta hacerlo representante de la Divinidad.

Entonces se hará práctica la vieja doctrina de santo Tomás, que siempre nos han enseñado y según la cual, en caso de extrema necesidad, todos los bienes del mundo son propiedad común de los hombres. Entonces se seguirá el precepto del divino propagandista de la eterna verdad: » Buscad el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura. » Esta sola fórmula es un programa y una solución. Y es la única del gran problema.

La virtud en el hombre no consistirá en *ejercitar* derechos, sino en *renunciarlos*. Ejercitando *derechos del hombre*, se suelen cometer iniquidades.

Ricos y pobres habrá siempre; pero el rico será un administrador de los bienes comunes de la humanidad: el comunismo cristiano del porvenir.

Tienes derecho á beber tu propio vino; pero no puedes embriagarte con él aunque sea tuyo.

Cuando se hace notar á los economistas que las máquinas dejan sin trabajo á muchos hombres, ellos contestan que, en cambio, por la natural ex-

pansión del capital, la producción es mayor, muchísimo mayor con menos esfuerzo humano, y el pobre obtiene más fácilmente el alimento, el vestido, todo con menos esfuerzo de su parte, más barato.

Supongamos que así sea; pero esa misma circunstancia, no yendo unida con el perfeccionamiento moral, que limita los apetitos, ha hecho nacer nuevos deseos, nuevas necesidades económicas, no sólo en el rico, que disipa mucho más el esfuerzo de los otros, sino también en el pobre, que ya no se conforma con lo que antes se conformaba. Se produce cien veces más con el mismo esfuerzo, pero se anhela y se reclama doscientas veces más. El pobre enriquecido suele ser el peor de los ricos, el que más odia á la pobreza. Cuando era pobre era idealista, decía que aspiraba á la ascensión colectiva, á la ascensión de la clase; ahora que es rico, es materialista ó sensualista: sólo aspira á la *ascensión individual*. La formación de la pequeña *burguesía* sin fé cristiana, ahonda, pues, cada vez más, el abismo entre ricos y pobres, en vez de allanarlo, y demuestra palmariamente toda la inconsistencia de los ensueños socialistas.

Es preciso gozar mucho, todo lo que se pueda, todo lo que se conciba; ser pobre es el mal.

Las razones, pues, de los economistas, me hacen recordar la ilusión del niño que esperaba ser de la misma edad de su hermanito mayor, una vez que transcurrieran los dos años que éste le llevaba de ventaja en la vida. El niño no advertía; niño al

fin! que, á medida que él crecía, también crecía su hermanito.

Creo que alguien ha dicho (y si nadie lo ha dicho, lo digo yo ahora), que el hombre es un niño de cuatro mil años. El Padre está en los cielos y es preciso obedecerle; sólo Él mira de arriba las cosas y tiene experiencia; Y no siempre ha de estar dando la razón de sus órdenes! Esto es lo que se llama fé: lo más natural y lo más racional del mundo.

Acabo de leer esta página de Sainte-Beuve, que es uno de mis compañeros de viaje: «Estar *contento* es estar *contenido*: lo dice la palabra; es decir, contener sus anhelos en los términos que Dios ha trazado y porque ha sido Él quien los ha trazado. Estamos todos en el mundo para estar contentos y no para estar á nuestro gusto, ampliamente y sin límite; y el *contento*, término relativo, es el verdadero nombre de la *felicidad*.»

El anhelo de lo imposible; la actividad nerviosa sin rumbo, efecto de la falta de conformidad con lo que cada uno es y tiene; la falta de reposo en la vida, consecuencia inevitable de hacer de ella el objeto único y final del hombre, son el germen de los fenómenos patológicos que también quiere estudiar la ciencia para buscar en ellos la solución del gran problema: los desequilibrios, las neurosis, las exaltaciones que empujan al fanatismo criminal, el prurito de la máquina nerviosa transfor-

mado en vértigo crónico, dueño del cerebro conmovido.

Busque, en buena hora, la ciencia los medios terapéuticos de curar esas enfermedades de nuestra época; busque, en buena hora, y resuelva *la higiene del cerebro humano*.

Pero esa higiene no se hallará si se prescinde del factor que imprime vida y movimiento al cerebro: *la voluntad*.

Y como la ciencia moderna se empeña á veces en prescindir de ese factor, ya puede presumirse el resultado.

¡La ciencia hoy en boga, nó la de Pasteur, nó la verdadera, dice que la vida, el pensamiento, el genio, son reacciones químicas!

Según me decía días pasados, en Madrid, Don José de Echegaray, parece que el más reciente descubrimiento científico consiste en haberse conseguido la suspensión temporaria de la vida en ciertos organismos inferiores, merced á un descenso de temperatura, en la cual toda reacción química es imposible. La vida se suspende, pero no desaparece; luego no es sólo reacción.

No se lo que habrá de cierto en todo eso; pero no me sorprende.

Yo estoy convencido de que la ciencia, que, como dice Victor Hugo, es ignorante, irá ella misma rectificando los disparates de los que se dicen sus intérpretes y la suponen infalible, cuando apenas si deletrean el inmenso abecedario de que nuestro mundo no llega á ser una letra; la *ignorancia*

*sabia*, de que habla Pascal, se irá convenciendo de que sólo es un grado de la ignorancia, y respetará los secretos de Dios. Pero mientras tanto, la ciencia actual, cuando se sale de su benéfica esfera de acción, lejos de ser un recurso eficaz para curar los vértigos del cerebro, muy á menudo los encona y los inocular por todas partes. Niega *a priori* el alma y, prescindiendo de ella sin discutir, ausculta corazones tristes, vísceras melancólicas, como si fueran relojes descompuestos.

Recuerdo muchas veces, á este respecto, las honradas y chispeantes ocurrencias de nuestro sabio é ilustre amigo el doctor Letamendi, en aquella su alcoba de la plaza de las Cortes, en que lo tenía postrado la enfermedad.

Necio ó loco, me decía, el que, teniendo su alma en su almarío, anda hurgando en los sesos del vecino para reconocerla y estudiarla más auténticamente.

La frase es de lo más plástico que conozco: hurgar los sesos de los muertos para estudiar y curar las operaciones de la vida; examinar cuidadosamente la estructura exterior de los almarios de los vecinos, para saber mejor *lo que se mueve* dentro del nuestro!

Si no se induce metódicamente la voluntad á que obre libremente el bien, según los dictados de un axioma indiscutible, el dogma y la práctica cristianos; si no se consigue así la gimnasia indirecta

del cerebro por la directa de la voluntad educada en la moral, el cerebro quedará siempre enfermo; habrá vértigos y neurósisis criminales que seguirán en pavoroso aumento.

La gimnasia directa del cerebro, la esgrima del corazón, no han sido descubiertas, ni lo serán jamás por la ciencia.

Cuando se piensa, vibra la masa cerebral, como cuando Sarasate ejecuta una de sus celestes melodías vibran las cuerdas de su violín; pero vibrar las cuerdas de ese violín colgado en la pared no es brotar la dulce melodía del artista, como estremecerse el cerebro recién muerto del genio, no es nacer la madre idea.

¡Cuidado, que no afirmo que haya fidelidad absoluta en la comparación! La unión de Sarasate con su violín no es la *union substancial* del pensamiento y el cerebro; pero es indudable que, para obtener celestes melodías, no basta saber fabricar ó componer violines: es necesario tener Sarasates.

Para componer pueblos enfermos moralmente, no basta con remendar cerebros; es necesario tener voluntades, almas sanas que les den movimientos ó funciones ordenadas . . . . .

Todo esto que te escribo aprovechando una larga y hermosa mañana de descanso, se me antoja una sinfonia de pensamientos que ha brotado, sabe Dios por qué, de los tubos de piedra de la sierra de Monserrat, y de los de hierro ó de ladrillo rojo de las fábricas barcelonesas.

Más aun que escribir pensando, suele uno á veces pensar escribiendo. Te aseguro que, al sentarme á escribir, no tenia el propósito de extenderme tanto sobre un asunto tan ajeno á las impresiones de viaje como el que me ha arrastrado á si.

Pero una multitud abigarrada, llena de color y de carácter, se agita allá abajo en la *Rambla* que miro desde el balcón del hotel Falcón, donde te escribo. Un sol amarillo se filtra por entre las hojas de los árboles inmóviles que forman bóveda sobre el paseo, y, en gotas ó chorros de luz, cae en el suelo y sobre la gente que va y viene, formando una mancha de color llena de vida y transparencia.

Veo desde aqui ventas de flores, muchachas que las ofrecen á los transeuntes, chiquillos que corren vendiendo papeles, y van con las bocas abiertas, que veo desde aqui como agujeritos negros, de los que supongo sale vibrando el nombre de algún periódico; son pequeñas locomotoras que pasan silbando; su ruido se mezcla á otros mil ruidos que llegan hasta mi como el vapor sonoro de la multitud.

Vamos, pues, allá: demos un paseo por las ramblas, y visitemos la ciudad. Pondré de paso esta carta en el correo.

Salta de ella lo que te parezca pesado.

En otras me corregiré, si puedo, filosofando menos y contándote más.

## BARCELONA

¡Qué diferencias de carácter entre las distintas regiones de España!

Está más lejos Sevilla de Barcelona, que Méjico de Buenos Aires.

Y sin embargo existe indudablemente una gran patria española; la variedad precisamente es lo que constituye el vigor de su unidad. En ninguna parte mejor que aqui puede realizarse el ideal de la descentralización administrativa dentro de la más inquebrantable unidad política. La Patria, la región, la provincia, la ciudad, el gremio, todo es compatible. Más aún: en la sabia organización de los gremios, con derechos y representación colectivos, en sustitución del sufragio individual, está acaso la solución de las dificultades que ofrece en su aplicación nuestro hermoso régimen democrático.

Madrid es el espécimen de España. Se viste de capa, y de abarca, y de boina, y de mantilla, y de